

mo cine (*The Great Train Robbery* data de 1903) y durante mucho tiempo fue uno de los más populares. Sus primeros héroes eran sencillos y de una sola pieza –de Broncho Billy a Tom Mix y William Hart– en lucha por el Bien contra los «malos», ya fueran blancos o indios.

Sin perder sus reglas básicas, el *western* se hace más complejo en su época dorada, con cimas como John Ford. Su crisis empieza cuando sus personajes comienzan a dudar: es el tiempo del *western* crepuscular de los años 60; fue el ocaso de un modo de vida que desaparecía junto con el avance del progreso técnico. Fue el momento de reivindicar al indio, antes satanizado por ser un obstáculo a la conquista de sus tierras.

El *folklore* de la conquista del Oeste, tantos años explotado con éxito por el cine, se ha ido desvaneciendo: muy pocos filmes actuales retornan a sus vastos escenarios. Este libro, muy bien documentado, escrito originalmente en 1975 (ahora se reedita) no constata por eso la muerte actual del *western* pero sí su declinación paulatina. No sería extraño que su espíritu renazca en otra galaxia y con efectos especiales.

**José Agustín Mahieu**

**Rumbo al Sur, deseando el Norte,** Ariel Dorfman, Planeta, Barcelona, 1998, 378 pp.

Conocido como sociólogo de la cultura (*Para leer al Pato Donald*) antes que como narrador (*Moros en la costa*) o autor teatral (*La muerte y la doncella*), Dorfman nos presenta ahora sus memorias, escritas en inglés y traducidas por él mismo al español.

Este bilingüismo es una clave para leerlas. En efecto, el memorioso nació en Buenos Aires, vivió su infancia en Nueva York, su adolescencia y juventud en Chile y su exilio (convertido en emigración) en Carolina del Norte. Un forcejeo constante entre el mundo moderno e imperial norteamericano, y el anticuado y subdesarrollado de la América latina, deciden el título del libro y la irresuelta línea de la vida.

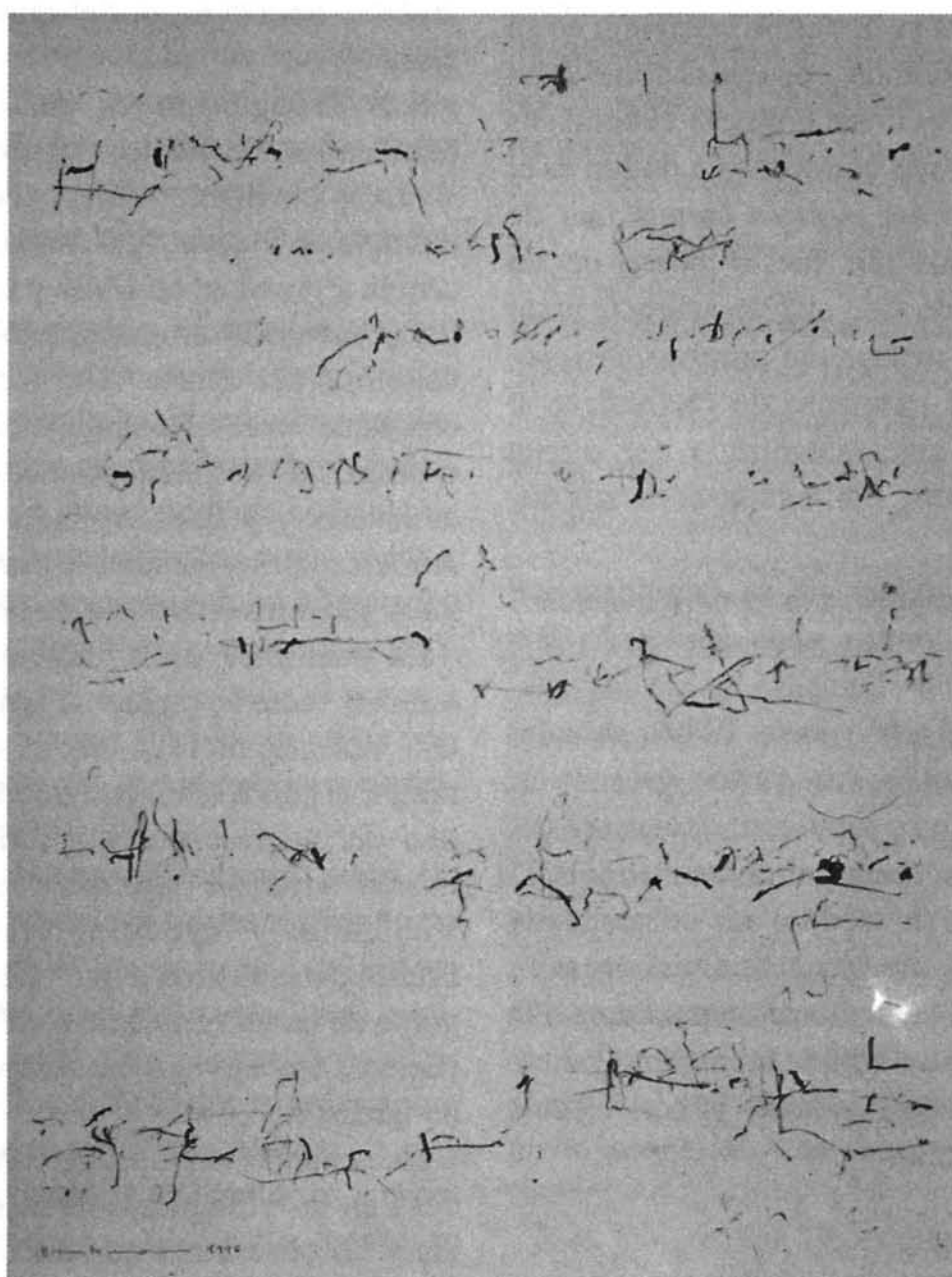
La otra línea es la muerte. Las familias materna y paterna arrastran una memoria de fuga ante el exterminio, el padre es un emigrado político del neofascismo argentino, el mismo Ariel (en realidad llamado Vladimiro y apodado Vlady o Eddie) debe su vida a que el día del golpe de Estado en Chile cambió su turno de trabajo con un compañero de tareas.

Estas memorias indagan con agudeza en las penumbras de la infancia y las obsesiones que allí se fraguan: bilingüismo y vida como escape ante la condena a muerte. En

otros aspectos, el de los juicios políticos del autor, el tópico inerte y anticuado de los años sesenta ejerce una influencia que, esta vez, no escapa a la muerte. Pero en general se agradece la sinceridad que puede entregarse a las seducciones de la ingenuidad (una virtud escasamente política) y que ronda el victimismo

(otra virtud escasamente política). Vivir es sobrevivir, pero esta supervivencia incluye la de nuestras ideas ancladas en el tiempo. Para que algunas perduren, como en todo, hace falta que otras merezcan una respetuosa inhumación.

**B. M.**



Sin título. Tinta china (1998)

## El fondo de la maleta

*Arturo Cuadrado*

El pasado mes de septiembre murió en Buenos Aires, a los 94 años, el poeta y editor gallego (de hecho: había nacido en Denia, Alicante) Arturo Cuadrado. En este siglo kafkiano, perdurar por una inicial no es infrecuente. Y así sabemos que la letra ce de la firma comercial Emecé corresponde al apellido de nuestro hombre (la eme provenía del contable Medina). En las décadas de 1940 a 1960, cuando la Argentina protagonizaba el movimiento editorial en lengua española, Emecé consiguió ser una de las editoras más conocidas y prestigiosas. En la casa se empezó a publicar ordenadamente la obra completa de Borges, por ejemplo.

Cuadrado, fiel a su vocación poética, mantuvo un trabajo más confidencial: las ediciones Botella al Mar, en las que se fue dando a conocer la mejor poesía argentina de su tiempo, incluyendo iniciaciones tan importantes como la de Alejandra Pizarnik. El emblema de la colección lo dice todo y apuesta por la poesía como ese mensaje del naufrago dirigido a la atención solidaria de un desconocido, enésima definición del poeta.

En los años veinte, Cuadrado se instaló como librero y editor en Santiago de Compostela. Colaboró en la prensa gallega y fue representante de Galicia para la gestión del

estatuto de autonomía ante las Cortes de la República. Precisamente por ello, la guerra civil lo sorprendió en Madrid y pudo escapar a la matanza de autoridades republicanas que ocurrió en su ciudad.

Durante la contienda colaboró con la propaganda del gobierno legal y luego marchó a Francia, desde donde se exilió en Buenos Aires. La documentación necesaria le fue dada por un cónsul especialmente poético: Pablo Neruda.

Una calificada emigración gallega recaló en la capital argentina, de suyo muy provista de paisanos: escritores como Eduardo Blanco-Amor y Rafael Dieste, pintores como Seoane, Colmeiro y Maruja Mallo, músicos como Eduardo Dieste, el dibujante Castelao, el poeta Lorenzo Varela y tantos otros, pudieron cumplir su obra y, en ciertos casos, practicar un galleguismo cultural en periódicos y revistas de la colectividad. El exilio, melancolía y castigo, humillación y angustia, se convirtió, inopinadamente, en la ocasión de rescatar vidas y memorias, plantearse tareas, sobrevivir con cierta libertad. Una vida larga y laboriosa como la de Arturo Cuadrado, transcurrida en las bambalinas de la literatura, allí donde se convierte en libro y llega al lector, es una prueba más de esa paradoja de la historia que es el destierro.

## El doble fondo

### *Enrique Brinkmann o la contemplación lúcida*

Enrique Brinkmann nació en Málaga en 1938, en la misma casa que había visto nacer a Picasso, así que, dado los resultados posteriores, se puede hablar de signo fatal: aquel que imprime un curso insoslayable. Ahora reside entre Churriana y Madrid, y en ésta capital vive en la misma casa en que Miguel de Cervantes, además de escribir el *Persiles*, entregó su último suspiro, quiero decir que se murió. Sin duda ambos hechos pertenecen al mundo de la anécdota, pero a pesar del accidente primero y el azar segundo, podemos encontrar en estos dos nombres de significación radical en las historias de la pintura y de la literatura un signo al que Brinkmann ha querido ser fiel: la conciencia lúcida de los propios presupuestos formales. Desde su primera exposición a su producción actual se da una actitud continua, la de la búsqueda y exploración de su propio mundo pictórico, sin que esto quiera circunscribirse meramente a lo temático sino, sobre todo, a la forma misma, al espacio pictórico. Con una admirable coherencia, similar a la de Antonio Saura, Antoni Tàpies, Alfonso Fraile y pocos otros, Brinkmann no se ha apartado de las primeras intuiciones. No es que las haya repetido ni que haya convertido esas vislumbres en manierismo, vicio de algunas fide-

dades perezosas, sino que, transformándolas, ha ampliado notablemente, y de manera incesante, un mundo pictórico que sin duda le pertenece. El crítico Santiago Amón habló de ambigüedad y precisión formal para referirse a esta obra. Sin duda podríamos hablar en estos mismos términos de la obra de Kafka. La precisión de Brinkmann tiene que ver con su amor a las técnicas pictóricas, a la elaboración de cada cuadro y, finalmente y alimentando todo lo anterior, a la conciencia irreductible de lo visual; la ambigüedad, a su desdén por el aspecto reductor de los argumentos, de las obras que tienden a condicionar su potencial sugeridor al signo. Lo diré de otra forma. Si Enrique Brinkmann fuera escritor sería un Samuel Becker o un José Angel Valente, no un Camilo José Cela o un Jaime Gil de Biedma, sin que esto signifique desdén por nuestra parte hacia éstos escritores. Es una cuestión de tradición y de voluntad artística. Ciertamente, en la división sausseriana entre forma y contenido, el pintor malagueño es un explorador de la forma, es decir: de los presupuestos mismos de la significación.

Si bien la trayectoria de Brinkmann, desde cierta figuración primera a obras últimas que tienen que ver con Manuel Hernández Mompó